



## El hallazgo

Cada mañana de cada día del año, haciendo de la rutina un estilo de vida, Salvador se encargaba de abrir las puertas del estadio de fútbol El Grande, llamado así porque tras su construcción en el año 1981 pasó a sustituir a otro campo de menores dimensiones que se había quedado pequeño para las necesidades de la ciudad y de su equipo local. En honor a la verdad hay que decir que los encargados de pensar el nombre para el nuevo estadio, un nombre que perduraría en el tiempo, no se complicaron demasiado y, simplemente, y hasta que años más tarde el pequeño estadio de fútbol fue derribado para dar paso a un importante centro comercial, aquella ciudad costera tuvo dos estadios, conocidos como El Pequeño y El Grande.

Hacía calor, a pesar de ser muy temprano, pero en el mes de mayo siempre hacía calor. La primavera había sido temprana y a esas alturas se presentaba con un clima más propio del verano. Las altas temperaturas eran una constante a la que irremediablemente había que acostumbrarse. El termómetro de primeras horas de la mañana marcaba unos discretos veinte grados que todavía permitían trabajar con


cierta comodidad al aire libre, y como Salvador era muy consciente de ello tras más de veintiocho años en aquel club de fútbol, siempre aprovechaba para reparar temprano las instalaciones deportivas, el estado del césped, activar el riego por aspersor y barrer el aparcamiento antes de la llegada de los jugadores y el cuerpo técnico para el entrenamiento. Las puertas metálicas, comidas por el óxido y la humedad, chirriaban cada mañana en el mismo instante en que Salvador las abría. De alguna manera era como si el estadio le saludara cada día. A Salvador aquel sonido le arrancaba una leve sonrisa y, otorgándole vida, siempre le contestaba en voz baja:

—Sí, Grande, ya estamos mayores. Quién nos ha visto y quién nos ve.

Una vez abiertas las grandes compuertas de hierro verde pertenecientes a la puerta Cero del estadio, una gran bocanada de aire fresco cargado de un intenso olor a césped mojado le sacudía suavemente. Salvador inspiraba profundamente y aguantaba la respiración unos instantes, en un intento por retener aquel aroma en su interior y, cuando ya no podía aguantar más, lo expulsaba con fuerza por la boca, como dejándolo escapar hasta el día siguiente.

El estadio se presentaba inmenso y sosegado ante sus ojos, como una fiera sumisa capaz de rugir con la intensidad de la pasión de miles de aficionados cada domingo pero que, tras la euforia, recuperaba su serenidad y se aletargaba hasta la jornada siguiente.

A esas horas el sol asomaba por el fondo norte y le cegaba aquella portería, así que Salvador comenzaba siempre su ronda por la portería sur. Para él era algo así como dar la vuelta al ruedo, pero pisando



césped. Cada paso por el campo era mullido y le hacía sentir ligero a pesar de la edad y los achaques. Aquel día caminaba cabizbajo, perdido en sus pensamientos, instalado en una realidad paralela. Solo, recogiendo los papeles del suelo que el viento había llevado hasta allí, recordaba los años en los que la megafonía repetía su nombre, y la ovación de la afición cuando abandonaba el terreno de juego aún retumbaba en su cabeza. La nostalgia le dolía porque se queda dentro y es difícil de arrancar y, a veces, no podía hacer nada para evitarlo.

Aquellos fueron tiempos de gloria, que se alimentaban de un futuro brillante, pero el futuro no existe, nunca lo hace, y ahora Salvador vivía tiempos de realidad, donde sólo existe el presente. Su historia como jugador profesional fue breve pero intensa, pero más intenso era el sentimiento por su equipo, el mismo que jamás desapareció. Una lesión, cinco operaciones y una mala noticia, así se resumía toda una carrera, la suya. Nunca más podría volver a jugar como defensa en el fútbol profesional. Pero el amor que sentía hacia sus colores era tan fuerte que no pudo desvincularse de aquel equipo, su equipo, el Real Triunfo F.C., durante el resto de sus días. Salvador, uno de sus mejores defensas en años gloriosos de juventud, pasó a un segundo plano, lejos de los vótores y los focos, olvidado por las masas, sin autógrafos ni entrevistas, uno más en la lista de los nombres que escribían la historia del Real Triunfo.

Tras su involuntario retiro del terreno de juego, aquel jugador entregado pasó a ser alguien imprescindible en su equipo de fútbol, tanto como pudieran serlo el mejor de sus goleadores o el más infalible de sus porteros. Lo mismo adecentaba el campo para

que siempre estuviera en óptimas condiciones, que era capaz de conseguir todo lo que pudieras necesitar. Era capaz de sembrar el césped, arreglar la vieja instalación eléctrica, poner a punto la megafonía, desatascar las duchas o reparar las redes de las porterías. Salvador, el bueno de Salvador, era sencillamente imprescindible. Los jugadores lo tenían claro, si querían algún capricho, por pintoresco que pudiera parecer, como una entrada gratis para el teatro, una camiseta para el hijo de un amigo, un autógrafo de un artista o una reserva en un restaurante demasiado solicitado, debían acudir a Salvador. Si él no era capaz de proporcionártelo sencillamente era porque resultaba imposible de conseguir. Tal era su devoción por su club, el Real Triunfo, que cuando le conocí, lo primero que pensé fue que Salvador sería capaz de hacer cualquier cosa por él. Alguien que es capaz de amar con esa intensidad a un campo de fútbol, a unos colores y a un equipo, sin duda es porque lleva mucho amor dentro.

Quizá por eso lo eligió el destino aquella mañana del mes de mayo, para que todo ese amor de alguna manera compensara tanto horror. Fue él el encargado de encontrar algo que nunca buscó y que jamás hubiese querido encontrar en su ronda diaria por su querido estadio El Grande.

Tras comprobar que todo estaba correcto en el fondo sur, y aprovechando que el sol bajaba su inclinación lo justo para no cegarle, continuó caminando hacia el otro extremo del campo. Pegado al margen publicitario, avanzaba a la vez que le daba golpecitos con los nudillos a los carteles de los anunciantes que, como eran de quita y pon porque el presupuesto era más bien escaso para estas cosas, a veces quedaban

un poco sueltos y corrían el riesgo de caer en mitad de un partido interesante.

—Éste está un poco flojo, habrá que llamar a los chicos de la agencia para que vengan a asegurarlo. Como venga un día de viento se lo lleva volando. Hay que ver, ya no hacen las cosas como antes, no duran nada, ¿verdad, Grande? Estamos mayores, pero hay que cuidarse, que todavía tenemos que durar muchos años. Y si no nos cuidamos el uno al otro, dime, ¿quién lo va a hacer? —decía en voz alta.

No prestaba atención a nada en concreto pero, a la vez, no perdía detalle. Con la mirada en el suelo paseaba por el césped, sin prisa, revisando cada centímetro, en busca de pequeños desperfectos que reparar más tarde. Aquel viejo estadio era para Salvador su casa, más bien su hogar y por eso lo mimaba como tal, cada día, cada jornada, cada temporada de fútbol.

En ello estaba cuando, acabando su recorrido y cercano a la portería del fondo norte, alzó la mirada porque el sol ya no le cegaba. Andaba un poco corto de vista, cosas de la edad, pero distinguió lo que le pareció ser alguien sentado en aquella portería. Era extraño. Quién había podido entrar a aquellas horas y qué podía estar haciendo allí sentado. Salvador se quitó su gorra de trabajo y saludó con la mano, pero no obtuvo respuesta. Mejor me acerco, pensó, y atravesó el césped para acortar distancia. Pero conforme caminaba la realidad le era más evidente y a la vez más cruel. Al distinguir con todo detalle lo que estaba viendo, Salvador quedó paralizado. Se llevó la mano a la boca para intentar atrapar el grito de horror que inevitablemente sonó en todo el estadio. Un grito que el eco le devolvió en

repetidas ocasiones. No podía creer lo que tenía ante sus ojos. Allí, en la portería del fondo norte, sentado, estaba el cuerpo de un hombre con la cabeza tapada con sus propios pantalones, desnudo de cintura para abajo y vestido tan sólo con la camiseta de su equipo. Había sangre de un rojo intenso manchando la camiseta, sangre que había manado de la herida en el pecho causada por un cuchillo que aún tenía clavado. Allí estaba, semidesnudo, sin pantalones, con las manos atadas a la espalda, tal vez esperando a que Salvador lo encontrara en su ronda diaria. Aquella era, sin duda, la imagen de la crueldad, el dibujo de un inexplicable crimen.

Salvador quedó inmóvil, horrorizado por lo que estaba viendo. Sentía sus manos frías como si su sangre hubiera dejado de circular, igualmente espantada por aquello. El impacto de aquel instante le paralizó su capacidad de reacción. Segundos más tarde corrió torpemente hacia el cuerpo, tropezando en su desesperado intento de llegar lo antes posible. Pedía socorro, con un grito entrecortado y angustiado, pero el estadio sólo le devolvía el eco de sus gritos sin más respuesta que un silencio de velatorio. La respiración le ahogaba y el miedo impedía que coordinara mejor sus intenciones. Nadie respondía, nadie más que su corazón, su débil y viejo corazón, que jamás había palpitado de aquella manera, hasta el punto de que, cuando sólo faltaban unos metros para llegar a la portería, Salvador se paró y se agarró con su mano derecha el pecho. No podía más. Respiraba con la boca abierta bocanadas de desesperación y rogaba a Dios que le diera un poco más de fuerza. Quién sería aquel hombre, se preguntaba mientras luchaba contra su miedo, su confusión y su desconcierto,

transformando su rabia en pasos firmes hacia la portería del horror.

Tocó el cuerpo y estaba frío como fría es la muerte. Salvador levantó con delicadeza la cabeza del muchacho que caía inerte hacia un lado. La cogió con sus dos manos. Le retiró el pantalón, lo justo para poder verle la cara, con la suavidad con la que lo haría un padre y, al quedar su rostro al descubierto, frente a él, confirmó la peor de las opciones. Aquel hombre, desnudo de cintura para abajo, muerto y atado a una portería, con un cuchillo en el pecho, no era otro que uno de los delanteros más prometedores del panorama deportivo del país: el joven Israel Buendía, el fichaje estrella del Real Triunfo F.C. en aquella misma temporada.

Era como si el odio hubiera cobrado vida para jugar el último partido con Israel. El delantero más brillante de la liga nacional de segunda división estaba allí, asesinado y humillado y el estadio El Grande, el mismo que tantas horas de gloria le había dado, parecía ser el único testigo mudo de su muerte. Ahora la hierba que pisaba Israel era roja y la tierra había absorbido su sangre con avidez. Olía a saña y a rabia y ese olor se mezclaba con el del césped mojado. Olía a carrera truncada, a afición consternada, a prensa morbosa. Olía a escándalo y a especulaciones baratas.